

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM. 86

40 Cents.

10 OCTUBRE
1926



Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



27 DICHOSO AQUEL QUE TIENE SU CASA A FLOTE Y NO ENTRAN LOS MOSQUITOS AL CAMAROTE



PROGRAMA
PARA HOY

EL
HACHA
DE
ORO

Sensacional

GRAN CINE



DICK

DARKIE

DAN

Un golpe afortunado.

El sol, cual enorme disco de oro, esparcía sus rayos de fuego sobre una vasta extensión de desierto arenoso cuya monotonía quedaba rota de cuando en cuando por grupos de árboles, cactus espinosos y montones de peñascos grandes, rotos.

Al borde de este desierto y tendidos a la escasa sombra de un peñasco hallábanse tres viajeros: uno de ellos alto y bien parecido, con el rostro curtido por el sol y expresión seria; otro, un negro musculoso, de constitución atlética y sonrisa genial; el tercero, un muchacho pequeño, rechoncho y de cara original.

Llamábanse Dick, Dan y Darkie, y estaban resguardándose del fiero calor de mediodía para luego reanudar su camino hacia El Paso, pequeña ciudad de Méjico. Proyectaban en este momento ir hacia el Norte en busca de un clima más fresco. A Darkie, nacido en Africa, no le molestaba el calor.

—Después de esto nos vendrá de primera un viaje al Polo Norte —decía Dan enjugándose por décima vez en una hora el sudor del rostro y cuello.

—¡Vamos, viejo! ¡Ese sitio no me lo menciones a mí ni en broma! —repuso Darkie estremeciéndose de frío por adelantado—. A este niño no le apetece por ahora convertirse en un témpano negro. Además, no sé qué es lo que os hace maldecir de este país. El sol es bueno para todo. Y siempre recuerdo lo que decía el maestro cuando yo iba a la escuela: que el sol gira sobre su eje... Aunque yo nunca pude comprender qué eje será ese porque el sol no tiene ruedas...

La disertación del negro sobre el luminoso astro quedó interrumpida por un golpe en la sien que le derribó con la misma fuerza de un tiro. Fué el golpe tan inesperado y tan repentino, que sus dos compañeros quedaronle mirando con la boca y los ojos abiertos de asombro.

Dick se levantó. El proyectil había venido desde arriba, pero no se veía a nadie por allí; volvió al negro hasta ponerlo de espaldas en el suelo y derramó un poco de agua sobre la cara. Darkie abrió los ojos al cabo de un momento y miró a su alrededor con una expresión tal de desconcierto y de sorpresa que era verdaderamente cómica.

—¡Por todos los diablos! ¿Me han dado un golpe en la cabeza o es que lo soñé?

—¡Claro que te lo han dado! —exclamó Dick muy contento al ver que Darkie no estaba gravemente herido.

—¡Y esto es lo que te ha herido! —añadió Dan sosteniendo en alto un arma de la misma forma que las hachas guerreras de los indios. Era muy pesada y estaba toda grabada con signos muy extraños.

—¡Jo, jo, jo! —rugió Darkie.— ¡Qué casualidad que estábamos hablando de ejes y por poco no me parten a mí por el eje! ¿Y quién se habrá entretenido en pintarla de oro?

Dick cogió el arma de manos de su compañero y la examinó.

—No está pintada de oro sino que es de oro toda ella... de oro macizo. ¡Mirala bien!

—¡Canasto! ¡Pues no me importaría llevar varios golpes diarios con tal de que fuesen dados con hachas de oro!

Los tres compañeros echaron a andar examinando con curiosidad las grandes rocas escarpadas de donde parecía haber venido el arma. Hacia mitad de las rocas vieron un saliente en el cual se hallaban unos cuantos individuos, mejicanos a juzgar por sus trajes.

Todos iban a caballo y uno de ellos, vestido a la europea, llevaba dos mejicanos cabalgando muy pegados a él.

Sombreado los ojos con la mano para evitar el reflejo del sol, Dick se les quedó mirando largo tiempo; de repente dijo:

—Fijaos en que aquel que va allí va prisionero. Los dos mejicanos que van junto a él lo van azuzando con los fusiles y parece así como si lo llevarán secuestrado.

Darkie se frotó las manos y le brillaron los ojos ante la perspectiva de una lucha.

—¿Pero cómo vamos a poder subir hasta ahí, viejo? —preguntó.

—¿Acaso lo sé yo? Quizá tengamos que retroceder varios kilómetros para encontrar la subida a esos peñascos, y si lo hacemos así, mientras tanto los perderemos de vista. Creo que sería mejor subir desde aquí abajo y confiarnos a nuestra suerte. Dicho lo cual, los tres camaradas sujetaron bien las sillas a los caballos, montaron y salieron a galope.

Los mejicanos les llevaban bastante distancia y no sabían si les habían visto o no. De repente notaron que el caballo del prisionero se quedaba rezagado y daba coces y manotadas como si algo le amedrentase.

—¡Cuidado, que es un sitio ese muy peligroso para bailar! —exclamó el negro—. Si no tienen cuidado con ese caballo, pronto lo vemos abajo.

El caballo se encabritó muy cerca del borde de las rocas, y los tres camaradas se quedaron sin respirar viendo que caballo y jinete estaban a punto de dar la vuelta sobre el precipicio.

Pero uno de los mejicanos corrió al lado del animal y le sujetó por la brida e instantáneamente el caballo se puso de pie sobre las patas traseras agitando en el aire las delanteras. El jinete salió lanzado para atrás y cayó rodando por el precipicio y chocando contra las rocas. Horrorizados los tres compañeros, cerraron los ojos esperando por la caída, pero ésta no llegó a efectuarse, y al abrir los ojos nuevamente lo vieron colgando en uno de los arbustos que crecían al borde de los peñascos.

—¡Jo, jo, jo! ¡Vaya una suerte la de ese tío! —exclamó Darkie—; pero no sé cuánto durará porque ese árbol no me parece nada seguro.

Uno de los mejicanos le echó una cuerda, pero él, lejos de agarrarse a ella, miró para abajo pidiendo auxilio a los tres camaradas.

—¡Vamos en seguida! —gritó Darkie.— ¡Sostente ahí! Y el negro, tirándose del caballo, quitóse la chaqueta, fué corriendo hasta el pie del peñasco.

—No seas necio, Darkie. No intentes trepar por ahí porque no lo conseguirás —arguyó Dan.

—De todos modos voy a probar mis fuerzas —insistió Darkie con una mueca de confianza en sí mismo.

Y después de escoger un lugar apropiado, el negro comenzó la ascensión. Los primeros siete metros fueron fáciles de subir, y a pesar de su gran peso y masa, Darkie trepaba con la agilidad de un gato. A partir de allí, las dificultades empezaron a aumentar y los progresos de la ascensión a hacerse cada vez más lentos.

La superficie del peñasco era blanda y deleznable, excepto en algunos sitios que estaba la roca desnuda. Grandes masas de tierra y arena iban desprendiéndose y varias veces se les paralizó el corazón a Dick y a Dan al ver a su compañero quedar suspendido





por los brazos buscando desesperadamente un sitio donde apoyar los pies.

En tanto, allá arriba, los mejicanos hacían todos los posibles por coger con la cuerda al individuo que pendía del arbusto, pero él siempre se las arreglaba para evitar el lazo.

A pesar de que las dificultades y peligros iban siempre en aumento, Darkie fue subiendo lenta pero continuamente hasta llegar a una parte donde el acantilado tenía una pendiente más suave y por ella pudo subir mejor y con más rapidez hasta que sudoroso, fatigado, con las manos y las ropas desgarrados, encontróse a muy pocos metros de su presa. Para entonces ya los mejicanos habían conseguido echar un lazo corredizo alrededor de los hombros del prisionero; pero éste, agarrándose con toda su fuerza al árbol, resistía a todos los esfuerzos que hacían para izarlo; esfuerzos que Darkie supuso que no podría resistir mucho tiempo.

Un momento más y ya él llegaba sin aliento junto al arbusto. Agarrándose sólo con una mano, sacó con la otra el hacha de oro y dió un golpe con ella en la cuerda con tanta fuerza, que la cortó en dos, quedando la hoja del arma incrustada en el duro tronco del árbol.

El individuo aquel que dijo ser el profesor Mardon, con bastante serenidad se arrastró hasta cogerse a los hombros de Darkie. El

—Entonces hay que ir en seguida detrás de esos bandidos apuntó Darkie.

Repuesto ya de las torturas que sufriera en el peñasco, lo suficientemente para andar, el profesor montó en el caballo detrás de Dan y salió corriendo.

Subieron por una pendiente larga y empinada capaz de acabar con las fuerzas del más valiente hasta llegar a una cresta rocosa que tenía a cada lado un precipicio de quinientos pies de profundidad; después de pasar la cresta siguieron largo tiempo bordeando una montaña altísima. Por ella llegaron a un desfiladero, en el que corrían las espumosas aguas de un torrente. Siguiéndolo, y teniendo que trepar por encima de rocas resbaladizas, divisaron por fin a los mejicanos.

—¡Han encontrado la cueva! —gimió el Profesor al verlos. Efectivamente, uno de ellos había hundido el hacha de oro en una grieta de la pared de la garganta y le daba una violenta sacudida. Como no sucediera nada volvió a sacudirla con más fuerza y esta vez vieron un bloque de roca girar como si fuera una puerta, e instantáneamente brotó de la abertura una gran cantidad de agua. Los mejicanos, que estaban todos agrupados junto a la cueva, recibieron el chapuzón, cuya fuerza les lanzó fuera de la piedra donde se sostenían de pie y cayeron al torrente.

—¡Jo, jo, jo! —rugió Darkie— ¡Eso nos ha evitado a nosotros



negro hizo la bajada con mucha lentitud precedido de pequeñas avalanchas de arena, tierra y roca que iba soltando, viéndose muchas veces en peligro de caer al fondo.

Dick se presentó él y a sus compañeros al Profesor.

—Y ahora díganos usted —añadió— qué significa todo esto.

—Poco tengo que decir —respondió Mardon—; yo venía hacia aquí en busca de unas reliquias antiguas de los aztecas que yo creo están escondidas en una caverna secreta no muy lejos de estos parajes. Pero un mejicano que se llama Manuel López se enteró de la misión que me traía por estos lugares y me siguió al peñasco con intención de obligarme a declarar el sitio de la caverna. Pero antes de que pudiera vencerme tiré, desde el peñasco, una hacha india de oro...

—¡Yal... ¿Conque fué usted el que me dió en la cabeza? ¡Caramba!

—Siento mucho haberle hecho daño, pero confío en que no le habré causado una gran herida. Claro es que yo no sospechaba que hubiera nadie abajo, porque si no no la hubiera tirado.

—No se preocupe usted más —se apresuró a decir Darkie.

—Pues bien, esa hacha de oro es una llave para abrir la caverna secreta, que sin ella es completamente impracticable.

El negro le interrumpió lanzando una exclamación de desaliento.

—¡Cielos! ¡Y yo que he dejado el hacha clavada en el árbol del peñasco! ¡Eso quiere decir que tendré que encaramarme allá otra vez, cosa tan horrible que no se puede expresar con palabras!

Pero por fortuna suya se encargaron los mejicanos de hacerlo por él, pues cuando los tres compañeros y el profesor volvieron hacia el peñón vieron que uno de ellos estaba sacando el hacha del árbol.

—Pero dice usted que ellos no saben donde está la cueva —dijo Dick.

—Sí; pero es muy probable que ya lo sepan a estas horas, porque se han quedado con mi cartera, en la cual hay un plano describiendo la situación exacta de la caverna secreta y unas notas aclaratorias sobre la manera de abrirla con el hacha.

muchas molestias! Dé usted gracias a Dios de no haber abierto usted la puerta el primero, señor Profesor.

—¡De todo corazón se las doy! —replicó Mardon sonriendo— y más aún porque el agua nos ha desembarazado de la presencia de López y su cuadrilla.

No tardaron en llegar a la cueva, que ya no manaba agua y el Profesor explicó cómo aquella agua debía de haberse ido acumulando allí de lo que se filtraba gota a gota por el techo de la cueva.

—Y ahora vamos a ver lo que hay dentro de ella! —añadió.

La cueva no era muy grande; apenas si cabían los cuatro dentro. En un agujero hecho en la pared encontraron una gran cantidad de objetos muy curiosos y de mucho valor que habían pertenecido a una raza ya extinguida. Eran barcos maravillosamente labrados en bronce, armas de mil originales formas y otras muchas reliquias que dejaron muy satisfecho al Profesor, tanto, que recompensó muy liberalmente a los tres camaradas por su cooperación.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



LIBRO PRIMERO

Las máscaras del Océano.

PARTE PRIMERA

El club de los «fenianos».

I

UNA AVENTURA SINGULAR

—¿No ves nada, Patrick?
—No, capitán.
—Dios nos tiene abandonados.
—Desgraciadamente.
—¿Será, quizá, que la deriva nos ha apartado de la ruta seguida habitualmente por las naves?
—Hay que suponerlo, capitán.
—Ya hace un mes que nos hallamos en medio del Océano, y ni hemos visto aparecer una vela en el horizonte ni un penacho de humo nos ha anunciado la presencia de un *steamer*. Yo ya me desespero.

—¡Paciencia...!
—¿Paciencia...? ¡La tengo, sí, por mí; pero por ella...! Por ella que se me muere, que sin...
—Callad, capitán; pudiera oírnos.

El hombre a quien se daba el título que ordinariamente se aplica al que manda un barco, calló exhalando un suspiro, y al girar su vista extraviada en derredor de sí, la fijó, por fin, sobre un montón de andrajos, entre los cuales, de vez en cuando, se agitaba una delicada figura humana.

—¡Ellen! —dijo con acento suave, aproximándose al montón de trapos y arrodillándose—. ¡Ellen!
—¡Padre mío...! —respondió una voz muy débil.
—¿Qué tal te encuentras?
—Mal, bastante mal.

El capitán se mordió los labios para no prorrumper en exclamaciones de furor, y permaneció así, presa de un dolor profundo.

En aquel instante un perro corpulento que había estado hasta entonces echado, con el hocico en el suelo, la lengua colgando y los ojos entornados, se irguió sobre sus débiles patas, enseñando un cuerpo flaco, del que se podían contar, una a una, las costillas, y, ladrando, comenzó a olfatear el aire.

Después calló y se volvió a tumbar, quedando todo sumido en un profundo silencio.

La breve escena que acabamos de describir tenía lugar el día 6 de marzo de 1885, a la puesta del sol, en medio del Océano Pacífico, sobre una pequeña balsa formada por algunos toneles y varias tablas ligadas entre sí, en cuyo centro se elevaba un trozo de arboladura provisto de una pequeña vela medio desgarrada por el viento.

A bordo de aquel frágil sostén, que el más débil choque podría deshacer en pedazos, estaban cuatro seres vivientes: dos hombres, una joven y un perro.

El hombre a quien su compañero demostraba ese respeto que aun en circunstancias difíciles guarda, o al menos debe guardar, el inferior a su inmediato superior, era el capitán Jaime Davy, un inglés de cuarenta años aproximadamente, al cual las fatigas no le habían aún privado de cierto aspecto vigoroso y enérgico que la naturaleza le había concedido.

La joven, a la cual él había dado el nombre de Ellen, era su hija, como el lector habrá podido comprender.

A los diez y seis años, desfigurada por las privaciones y la angustia, casi moribunda, miss Ellen, que había sido admirada en sus días felices, estaba desconocida.

Las formas de la esbelta joven habían adelgazado hasta hacerla parecer un esqueleto; el óvalo perfecto de su rostro se había afilado con el hundimiento de las mejillas; la rosada frescura de sus carnes se había convertido en difusa palidez; el azul de sus dulces ojos había tomado el brillo

ardiente de la fiebre, y sus cabellos, rubios, largos y abundantes, erraban esparcidos en completo desorden. Y así, embargo, aún miss Ellen parecía bella, de una belleza triste, casi sacra, que oprimía el corazón y hacía anudarse la garganta por el llanto.

Así pensaba y, sobre todo, sentía Patrick, un marinero irlandés joven, de algo más de veinte años, alto, moreno, fuerte, de aspecto inteligente e impresa en su rostro la enérgica bondad procedente de la conciencia del propio valor físico y moral.

Patrick, en efecto, pensaba con una cándida ingenuidad: Si el gran protector de Irlanda y de todo el que lleva su nombre, San Patricio, viniese aquí y me dijese: «Marinero, debes tomar sobre ti todos los sufrimientos de miss Ellen y de su padre...», yo respondería: «Aquí está mi mano; conforme».

Esta ruda y franca expresión de su ánimo se leía en los ojos del valiente joven, que, de vez en cuando, posándose sobre el lívido rostro de la joven o sobre el cuerpo enflaquecido del capitán Davy, se llenaban de lágrimas; pero no lo exteriorizaba, porque el buen Patrick callaba y volvía a explorar con la vista el horizonte desde lo alto del mastelero en que se había encaramado.

¿Y el perro?
¡Pobre Black...! ¡Pobre y valiente alano!
Si él hubiera podido hacerse entender y expresar cuanto tenía oculto en su gran corazón...! Pero prefería estar en acecho vigilando en silencio, considerando superflua toda demostración.

Después de haber escrutado la lejanía, siempre en vano, y la nítida línea del horizonte, Patrick descendió de su lugar de observación, y apretándose el cinturón de los pantalones hasta el último herrete, bostezó y se acurrucó en un rincón, suspirando profundamente.

El Océano Pacífico estaba aquel día tan en calma, de tal suerte desolado en toda su inmensidad, que daba la idea pavorosa de una eternidad desconocida.

No había ni la más leve ráfaga de viento: habían cesado hasta los débiles impulsos de las ondas contra la trabazón y los toneles de la balsa.

El cielo estaba sereno; al oeste únicamente alargábase una ancha faja de nubes bajas que parecían bañarse en el mar, y el sol declinaba rápidamente.

Miss Ellen, que no había vuelto a dar señales de vida, de pronto exhaló un largo suspiro y agitó su mano diestra ante sí, una mano pequeña, blanca-piel y hueso.

—¿Qué quieres, hija mía? —le preguntó presuroso el padre.

—Tengo sed..., muero de sed.
—¡Ah!

El capitán Davy se hería el pecho con las uñas para vencer con un dolor físico el destrozo moral que le asaltaba.

—¿Has oído, Patrick? —dijo con voz sombría.

—Sí —repuso el joven marinero.

—Mi hija se muere de sed, y esta mañana hemos consumido la última gota de agua.

El irlandés se levantó.

—Di, ¿es cierto que la sangre quita la sed? —prosiguió el infeliz padre, incorporándose y blandiendo un hacha que tenía al pie. Quiero que Ellen beba... ¡Verás!

Y alzó el arma para darse un golpe en el brazo izquierdo; pero Patrick se la arrebató pronto de las manos.

—¡Alto! ¿Estás loco? —dijo con gran calma—. Tomad; aquí tenéis agua buena. Y le entregó una pequeña vasija de lata.

El capitán Davy cogióla, lanzando un grito de júbilo; lo oprimió contra su pecho como si fuese una reliquia; después se inclinó de nuevo sobre su hija y vertió entre sus secos labios el precioso líquido, que Ellen bebió ávidamente.

En aquel momento, Black, el grande alano, que durante aquel tiempo había permanecido inmóvil, levantó el hocico y se puso a escuchar, aguzando sus orejas.

(Continuará en el número próximo.)



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

intención de hacerle huir, con sólo decirle: «Sable, destruye, mata a este ejército», salen de él rayos de fuego que aniquilan a todos sus enemigos. La esfera celeste tiene tal virtud, que si su dueño quiere ver toda la tierra de Oriente a Occidente, consigue su propósito y se divierte visitando las regiones del mundo sentado en su casa; cualquier lugar que desee ver aparece en la esfera y se ven sus barrios, sus calles, sus habitantes, todo como si estuvieran presentes; si se irritase contra cualquier ciudad y mirase a este planisferio por el círculo del sol, sintiendo el deseo de quemarla, la abrasaría! fuego irremisiblemente. La fuerza mágica del vaso de Kohol es tal, que cualquiera que se unte los ojos con este líquido verá los tesoros de la tierra. Ahora, yo os pongo esta condición: aquel de vosotros que no logre descubrir el tesoro de Axxamardal no tendrá ningún derecho a la posesión de esta obra; aquel, en cambio, que logre encontrarlo y me traiga estas cuatro joyas, será el único que pueda reclamar el precioso libro.»

«Aceptamos la condición, y continuó diciéndonos:

«Sabed, hijos míos, que el tesoro de Axxamardal está en poder de los hijos del rey Rojo. Vuestro padre me tenía contado que él se esforzó mucho en descubrir este tesoro sin poderlo conseguir; los hijos del rey huyeron ante él, refugiándose en un lago de la región del Egipto llamado lago Carún, y resistieron allí; él los persiguió hasta el Cairo, pero no pudo cogerlos porque se sumergieron en el lago, que estaba encantado. Él volvió vencedor, mas no pudo arrancar el tesoro de Axxamardal de manos de los hijos del rey Rojo. Cuando vuestro padre fracasó en su intento, vino y me consultó. Hice un cálculo astrológico y vi que este tesoro no podría ser abierto sino en presencia de un joven del Cairo llamado Chaudar, hijo de Omar, el cual sería la causa de la prisión de los hijos del rey Rojo; este joven sería pescador y el encuentro con él debería verificarse en las orillas del lago Carún, y el encantamiento no sería resuelto sino cuando Chaudar atase a la espalda las manos de la persona que intentase la suerte y la arrojase él mismo al agua del lago; allí se pelearía con los hijos del rey Rojo; aquel que tuviera fortuna lograría apresarlos; el que no tuviera suerte moriría en la empresa y aparecerían sus pies en la superficie del agua, y el que triunfara se salvaría y sus manos serían lo primero que saliera del agua, pero era preciso que Chaudar le echara su red y lo sacara del lago.»

«Entonces, dos de mis hermanos dijeron: «Iremos aunque perezcamos en el intento.» Y yo dije: «También iré.» En cambio, nuestro hermano, el que está disfrazado de judío, dijo que no quería intentar la aventura; y los demás convinimos con él en que se fuera al Cairo bajo el aspecto de comerciante judío, y esperase allí, para que cuando muriese uno de nosotros en el lago recogiera la mula y las alforjas de manos de Chaudar y le diese cien dinares. Llegó el primero de los hermanos a ti y lo mataron los hijos del rey Rojo; y también mataron al segundo; conmigo no han podido, y los he cogido prisioneros.»

«¿Dónde están tus prisioneros?» preguntó Chaudar, maravillado de tan extraño relato.

«No has visto que los he metido en las cajitas?»

«Eran dos peces —contestó Chaudar.

«Sí, dos peces —replicó el magrebi— en apariencia; en realidad, dos genios. Pero has de saber, joh Chaudar!, que el tesoro no puede ser abierto más que en tu presencia. ¿Querrás obedecerme y venir conmigo a la ciudad de Fez y a la de Mequinez para que lo descubramos? Yo te daré lo que me pidas; ante Dios te juro que te considero como un hermano, y tú volverás a tu casa a descansar entre los tuyos con el corazón fortalecido.

«Señor peregrino —respondió Chaudar—, a mi cargo viven mi madre y mis hermanos, yo les procuro el sustento necesario; si me marchó contigo, ¿quién les facilitará el pan de cada día?

«Este es un vano pretexto —replicó el magrebi—; si es

por necesidad de dineros, yo estoy dispuesto a darte mil dinares para que se los entregues a tu madre y ella pueda ir gastando hasta que tú vuelvas a tu casa, teniendo en cuenta que tu ausencia sólo ha de durar cuatro meses.

Cuando el pobre Chaudar oyó lo de los mil dinares, exclamó con viveza:

«Trae, joh peregrino!, trae los mil dinares: se los dejaré a mi madre y me marcharé contigo.

El magrebi sacó una bolsa con la indicada cantidad; cogióla el pescador y se marchó rápidamente a su casa, donde contó a su madre lo que le había pasado con el extraño personaje.

«Toma, querida madre —le dijo—, estos mil dinares, gasta lo que necesites para ti y para mis hermanos, pues yo me marchó de viaje hacia Occidente con el magrebi y tardaré en volver unos cuatro meses: sacaré gran provecho de este viaje, y más aún si tú pides a Dios por mí, joh madre mía!

«¡Hijo mío! —le contestó—. Gran tristeza me causan tus palabras y tengo miedo de que te suceda algo malo.

«Madre —dijo sentenciosamente Chaudar—, nada malo le sucede a aquel a quien Dios protege. Además, el magrebi es un hombre muy bueno; y se extendió en la alabanza de sus excelentes cualidades.

«Dios haga que este hombre incline su corazón hacia ti —dijo la madre cediendo—. Marchate con él, hijo mío; acaso te dé alguna cosa.

Chaudar se despidió de su madre y se alejó. Una vez que se encontró con el magrebi Abdessamad, éste le preguntó:

«¿Has consultado con tu madre?

«Sí; y ella no sólo me autoriza para hacer el viaje, sino que, además, pide a Dios por mí.

«Ea, pues, monta detrás de mí —le dijo Abdessamad.

Montó Chaudar en la grupa de la mula y empezaron a caminar. Anduvieron sin descanso desde mediodía hasta el atardecer; Chaudar sintió hambre, pero no veía que el magrebi llevase cosa alguna de comer.

Señor peregrino —se atrevió a decirle—, parece que te has olvidado de echar algunas provisiones de boca para el viaje.

«¿Acaso tienes hambre? —le preguntó.

«Ciertamente.

Apeóse de la mula, seguido por Chaudar, y le dijo:

«Tráete las alforjas.

Y una vez que las hubo descargado de la mula, le preguntó:

«¿Qué deseas comer, hermano?

«Cualquier cosa —le contestó.

«Por Dios te suplico que me digas precisamente las cosas que desees.

«Un trozo de pan y otro de queso —respondió Chaudar.

«¡Oh infeliz! —replicó el magrebi; el pan y el queso no son cosas dignas de tu condición; pide manjares excelentes y refinados.

«Para mí, en estos momentos, todos los manjares son buenos.

«¿Querrás perdices rojas?

«Sí.

«¿Y arroz con miel?

«Sin duda alguna.

Y el magrebi fué enumerando platos y platos hasta veinticuatro distintos. Chaudar pensaba: «Este hombre está tocado. ¿De dónde va a traer los platos que acaba de indicar, si no tiene cocina ni cocinero? No obstante, diré que es suficiente...»

«Basta, basta —exclamó Chaudar—. ¿Acaso quieres excitar aún más el apetito con platos que no veo por parte alguna?

(Continuará en el número próximo.)

LA PRINCESA ORGUILLOSA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Al atravesar un pasillo vió entonces algo asombroso y extraño. Las doncellas, recostadas en sus sillas, estaban profundamente dormidas alrededor de la puerta del salón del trono. El rey, sospechando que algo insólito ocurría, abrió la puerta y se encontró sorprendido al ver sentado bajo el trono y profundamente dormido a un pordiosero. Despertó violentamente al mendigo, y las doncellas, ya despiertas y con un susto enorme, explicaron al rey lo que ocurría. Mucho contrarió al rey aquel suceso, pues según una tradición de aquel país, el hombre que se sentara en el sillón del trono se tenía forzosamente que casar con la princesa. Seguido el rey por el pordiosero y las doncellas, se dirigió al cuarto de la princesa, a la que encontró toda llorosa, y le dijo:

—Hija mía, veo que tú misma has labrado tu infelicidad. Podría dar orden de ahorcar a ese hombre; pero yo, respetuoso con las tradiciones de mi país, me veo obligado a casarte con ese desdichado, al cual has dejado entrar en palacio y dormir en el salón sin el consentimiento del rey. El sacerdote vendrá ahora mismo a uniros en matrimonio para que salgáis de aquí inmediatamente. No quiero volver a verte jamás en mi vida.

Dicho esto, se marchó airado, y a poco llegó el cura con dos testigos a bendecir la unión de la princesa con el mendigo Miguel.

Celebrada la ceremonia, fueron arrojados de palacio, y marchóse el nuevo matrimonio a la caballeriza, donde tomó Miguel su palo y el saco que tenía, diciendo a la princesa:

—No es posible que con el lujo vestido que llevas puedas andar a mi lado por esos caminos. Debes, pues, vestirme con un traje digno de tu nuevo estado e inferior categoría.

Entraron en casa del caballero, y dejando en ella su fina y elegante ropa cambiáronla por la de la mujer de aquél, el cual traje consistía en una saya basta y recia, una chaquetilla, casi rota, de lana, un pañuelo para la cabeza y unos zapatos durísimos y ordinarios.

—Así, así es como estás bien para venir conmigo —dijo Miguel a su esposa.

Y se marcharon.

Iba uno al lado del otro. La princesa, cabizbaja, triste y pensativa, miraba de vez en vez a su marido para cerciorarse de quién fuera aquel pobre hombre con quien se había unido para siempre, aun contra su voluntad y deseo.

Miguel había procurado lavarse y componerse un poco, y como marchaba, no enconado sino ágil y derecho por el camino, no acababa de comprender la princesa cómo podía ser aquel hombre el mismo precisamente que había visto conduciendo los animales con los objetos preciosos, causa de su desolación y desventura.

Ya no era feo ni viejo para sus ojos, sino más bien joven y guapo, aunque mal trajeado, por supuesto.

Continuaron andando, y como los zapatos que llevaba la infeliz princesa eran pesados para ella, el camino largo y sin costumbre de andar, cayó rendida, con los pies llenos de ampollas y ensangrentados. Miguel, no obstante, siguió su camino sin hacerle caso.

Mas ella le llamó diciéndole:

—Miguel, mi querido Miguel, no me dejes sola.

—No, ya sé —contestó éste ásperamente— que habré de tener sobrada paciencia para soportarte.

Fué a un cortijo próximo, donde alquiló un carro con un poco de paja para que la princesa estuviese más cómoda, y en ese vehículo llegaron a un pueblo próximo, donde tomó Miguel pasaje para em-

barcar con su mujer en un buque que estaba dispuesto para hacerse a la mar. Ignoraba aquélla a dónde la llevaría su esposo, y, aunque aparentando indiferencia, deseaba, sin embargo, dejar pronto el cielo de su patria para ver si conseguía olvidarse de las desdichas presentes, que tanto la atormentaban.

Miguel la llevó a Dinamarca, y ya en ese país, buscó un cuartito en una casita pobre, no muy distante de su propio palacio.

Excusado es decir que la habitación de la princesa tenía el suelo de piedra y sin lugar adecuado donde hacer siquiera de comer, como no fuera en medio de ella, y eso cuando había con qué. Por únicos muebles había una mesa basta de pino y una silla y cama de la misma madera, los cuales objetos ojeaba la princesa tristemente, pero sin exhalar una queja.

Observándolo Miguel, le dijo:

—No te extrañe la calidad y pobreza de estos muebles. ¡Qué se va a hacer! Siento no hayas podido casarte con otro hombre de posición más brillante.

La princesa no contestó palabra, resignada como estaba ya con su suerte.

Miguel la llevó a poco una rueca vieja y negra y una arroba de lana, diciéndole:

—Voy a buscar trabajo. Debes tú también ayudar un poco a la satisfacción de nuestras necesidades, y ahí tienes eso para entretenerte.

Así pasó algún tiempo, haciendo Miguel durante el día como que iba a trabajar, partiendo leña en el palacio real, y regresaba al anochecer con un pan y algún dinero. Entonces obligaba a la princesa a salir por la calle a comprar lo indispensable para comer modestamente. Pasábase el día sentada delante de la rueca hilando hasta desollársele las orillas y escocerse los dedos.

Una noche llegó Miguel a casa con un carrito lleno de cacharros. Le dijo que los había comprado a crédito, y que era su deseo los vendiese la princesa sentada a la puerta de la casa, pues que dijo, siempre se ganaría con ellos alguna cosilla. Ejecutó la orden la princesa al día siguiente después

de marcharse Miguel a su trabajo. Pero cuando hubo vendido algunos, pasaron unos caballeros elegantes montados en briosos caballos, y, espantándose uno de ellos y saltando en medio de los cacharros, los hicieron añicos. Los caballeros continuaron su camino sin hacer el menor caso de ese contratiempo, en tanto que la princesa se entró en la casa llorando desconsolada y amargamente.

Cuando ya anochecido regresó Miguel, contóle cuanto le sucediera con la mercancía.

—Pues estamos arruinados —la dijo—, porque ¿con qué dinero voy a pagar todo eso ahora? No tienes otro remedio que hacerte de una bolsa e ir pidiendo limosna de puerta en puerta para que podamos pagar lo que debemos.

Obedeció contenta y gustosa la princesa, puesto que Miguel ni la riñó ni la maltrató, como esperaba, por la pérdida de los cacharros. Las limosnas que recogió no fueron suficientes para pagar las deudas. Miguel la dijo entonces que había conseguido una ocupación beneficiosa para ella.

—Va a celebrarse muy pronto en palacio una boda, y tienen gran interés en que las fiestas sean fastuosas y espléndidas. Irás a ayudar en los preparativos del fausto acontecimiento, y te darán la comida y una peseta diaria. Pero procura traer un poquito de lo que te sobre para mí.





—¡Hombre, por Dios! Eso sería cometer una acción fea e indigna de mí.

—Pues aquí no damos a eso gran importancia cuando es absolutamente indispensable a la vida. Lleva un puchero bajo las faldas, y, sin que nadie te vea, puedes hacer el agosto.

Al día siguiente, fueron juntos, Miguel y la princesa, a palacio, yendo ella a la cocina y él al supuesto trabajo cotidiano.

Llegada la noche, cuando se vió sola la princesa, llenó el puchero con sopa y con algunas albóndigas de carne, y se dispuso a marcharse. En este momento tropezó con el cocinero mayor, que, pareciéndole sospechoso el azoramiento que la produjo al verle, cogióla por el brazo y la preguntó quién era.

—Soy —dijo— la mujer de Miguel, que he estado aquí trabajando hoy.

—No sabía yo que tenía Miguel una mujer a quien mantener él, que apenas puede mantenerse a sí mismo —contestó el cocinero—. Pero veo que has sabido componértelas bien para mantenerlos los dos.

Y dándola, brutal, un empujón, derramóse el contenido del puchero.

—Si yo ahora hiciese justicia —refunfuñó el cocinero—, te metería en la cárcel. Pero, en fin, vete con lo que te resta y no te atrevas a poner más los pies en esta casa.

Llorando, humillada y llena de vergüenza, llegó la infeliz princesa a su casa, en la que estaba ya Miguel aguardándola. Al verla, hubo de preguntarle si llevaba algo de comer.

—No, ¡válgame Dios! No traigo nada.

Y contó a su esposo su humillación y su deshonra.

—Has sido muy torpe. No obstante, te prepararé otro servicio. Mañana van las costureras a palacio para terminar el equipo de la novia que, como aún no ha venido y creo tiene tu mismo cuerpo, te probarán a ti sus vestidos. Procura, si puedes, tomar un poco de tela para el hato del rorro que nazca en casa.

Lloró y rogó insistentemente la princesa para que desistiese Miguel de obligarla a cometer acción tan indigna, diciéndole haría, en cambio, en su obsequio, cuanto quisiera, menos eso.

—Mira —la dijo—, no me vendas con tonterías. Yo te mando hurtar la tela que te he dicho, sin que admitan réplicas mis mandatos.

Fué la pobre a palacio, donde se probó los elegantísimos vestidos preparados para la novia. Cortó y cosió todo el día telas riquísimas de todos los colores, y lanas, y sedas, y paños de diversas clases. Tomó y se escondió algunos trozos de tela sin ser vista. Mas iba ya a marcharse cuando se encontró con la profesora de corte que, extrañada al verla demasiado abultada de pechera, sitio donde se guardó la tela robada, la registró minuciosamente, y después de quitársela la llenó de improperios llamándola ladrona y otras cosas parecidas, la arrojó después con malas formas a la calle.

Llegó llorando a su casa, y poco después entraba Miguel en ella.

—Vamos —la dijo—. ¿Has tenido hoy más suerte?

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. Mucho peor suerte que ayer.

—¿Qué torpe eres! Veo que no me sirves para nada. Sin embargo, como mañana es la boda del príncipe de esta nación y la novia no ha llegado de Rusia aún, ha dado el príncipe un orden, a fin de no retrasar la ceremonia, de que tú vayas a la iglesia, en tu vestido de novia, y que yo vaya en el mío a la iglesia.

—No, eso no —dijo la princesa—; ya no me atreveré, en modo alguno, a presentarme más en palacio, y menos aún delante del príncipe y de su corte.

—Pues no hay otro remedio —arguyó Miguel— que ejecutar lo que el príncipe ordena. Levántate, pues, y vete. Yo me quedaré acostado entretanto, pues que me hallo indispuerto, y quién sabe si será principio de una grave enfermedad.

Lloró suplicante la princesa para que la permitiera estar a su lado, precisamente por estar enfermo y desear atenderle. Miguel no atendió al ruego, y ella entonces, besándole y acariciándole cariñosamente, se despidió de él con el corazón angustiado y oprimido, pensando, más que en ella misma, en su pobre Miguel, a quien principiaba a amar y amaba ya con todas las tiernas efusiones de su alma.

Llegada que fué a palacio se la hizo poner la ropa interior y exterior de la novia, el velo y la corona de mirto. El carruaje, tirado por seis caballos blancos como la nieve, con bridas de plata y herraduras de oro, pareció a la princesa haberlo visto ya en alguna ocasión.

Penetró en el interior del coche, donde la aguardaba el novio, que ella suponía que era el príncipe, a quien jamás había visto, pero de quien tenía, sin embargo, recuerdos bien tristes, por cierto. La pobre no se atrevía a mirarle ni a levantar los ojos del suelo, ni él, por su parte, tampoco hizo de ella gran aprecio, ya que para él no representaba más que lo que representar podía una mujer del todo indiferente, en sustitución de la que había de ser su legítima esposa.

Salió la comitiva, con pajes delante y detrás del carruaje y con lujo asiático y soberbio. Pasó por la casita donde Miguel vivía, la cual estaba ardiendo, hasta el punto de que las llamas salían del humilde edificio por todas partes.

—¡Parad, parad, por Dios! ¡Ay de mi pobre Miguel! —exclamó angustiada la princesa.

—¿Qué os pasa? —dijo el príncipe casi enfadado.

—Mi Miguel, mi querido Miguel que se quedó enfermo en casa y no podrá salvarse si nosotros no lo salvamos... ¡Por Dios! —dijo suplicando—. ¡Id a salvarle!

—¡Bah! ¿Qué me importa a mí eso? Que se salve o que se quemé, ¿a mí, qué? Que se salve él, si puede.

Siguió la pobre llorando y quejándose amargamente de su desgracia; pero nadie la hizo caso. Fueron a galope tendido los caballos hasta la iglesia, y ante el altar tuvo que estar representando, presa de un dolor y sufrimiento interminables, a la supuesta novia ausente.

Regresaron por el mismo camino, y al llegar al sitio de la casita humilde destruida, se asomó la princesa por la ventanilla del coche, no viendo sino un montón de escombros y ceniza. En cuanto que salió la princesa del coche, llegado que fué a las puertas de palacio, tiró galas y corona por el suelo para ir a buscar inmediata mente a su Miguel y enterarse de lo que hubiera podido sucederle.

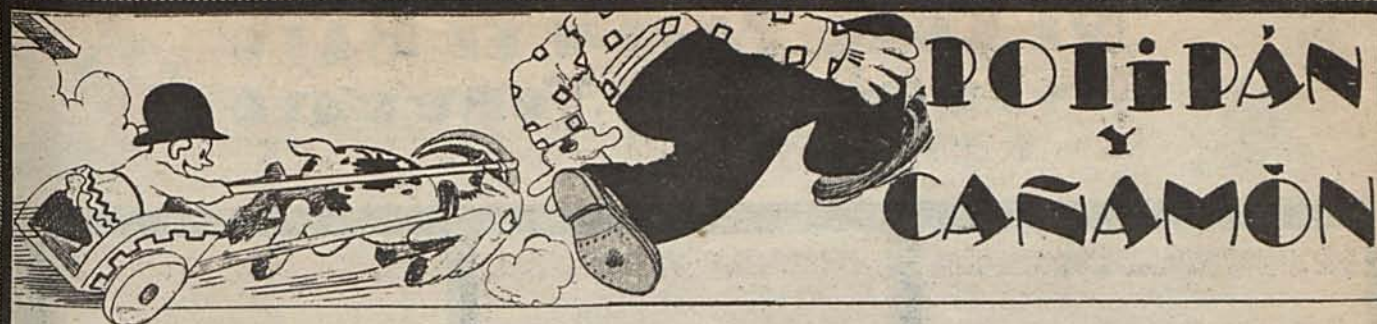
—¿Tantos deseos tiene de verle? —le interrogó el príncipe— Quizá esté aquí dentro de poco.

Se marchó y no tardó en volver con el traje viejo y estropeado que ella tanto conocía. En el acto el príncipe la colmó de agasajos y vió que su Miguel no era otro que el mismo príncipe a quien ella, en su desmedido orgullo, había desdeñado y ofendido tantas veces y de tan grave modo.

—Ya tienes contigo al príncipe mendigo —la dijo—, y también se han cumplido tus deseos de hilar, vender cacharros y pedir limosna de puerta en puerta antes que consentir en ser su esposa.

—Sí; es cierto, Miguel mío —contestó la princesa llorando de emoción y de felicidad—. Pero estoy contenta, muy contenta, radiante de alegría y llena de entusiasmo, de orgullo y de ventura, bañada en la luz bendita de los ojos de mi príncipe mendigo...

Fué una reina adorable, no solo por su belleza, sino también por su buen corazón, su generosidad y su bondad. El pueblo admiraba a esta reina tan buena, que vivió mucho tiempo en la felicidad más deliciosa, rodeada de sus hijos, de su familia, de sus vasallos favoritos. El padre de la princesa, luego de enterarse de la buena fortuna que había tenido su hija, corrió en su busca para perdonarle su falta. Y todo fué en Dinamarca felicidad, paz y alegría durante mucho, muchísimo tiempo.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



¡PANCHITO! ¡TE DIJE QUE HOY QUERÍA DORMIR! ¡NO SÉ PARA QUÉ SUELTAS ESE DESPERTADOR! ¡PÁRALO INMEDIATAMENTE!

¡NO PUEDO, SEÑOR POTIPÁN!

R-R-RING



¿POR QUÉ NO PUEDES?

¡PORQUE LA CABRA SE LO HA COMIDO!



¡MIRA, ESTOY YA DE CAÑAMÓN Y DE SU CABRA HASTA ENCIENDE LA CORONILLA! ¡AHORA MISMO TE LA LLEVAS Y HACES LO QUE TE DIJE AYER!

¡BUENO, SEÑOR POTIPÁN!



¡A MI ME FALTA VALOR PARA HACER ESTAS COSAS, PERO...



¡ANDA! ¡AHORA SE HA COMIDO LA CUERDA CON QUE LA IBA A DEJAR ATADA! ¡VEN MÁS CERCA Y TE PONDRE OTRA, VEN MÁS CERCA!

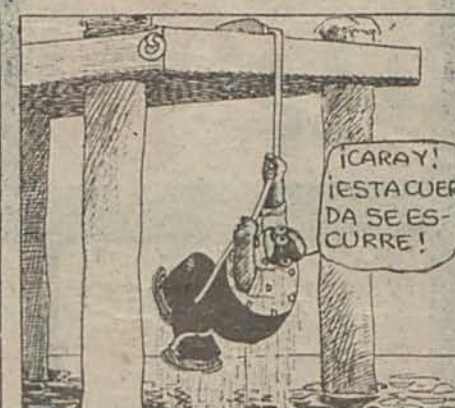


¡EH! ¡NO TAN CERCA! ¡PAAARAA..!



¡BEE!

¡SIMVERGÜENZA! ¡AHORA SUBIRÉ Y TE AJUSTARÉ LAS CUENTAS!



¡CARAY! ¡ESTA CUERDA SE ESCURRE!



¡PAF!



¡HOLA, TÚ POR AQUÍ! ¡QUÉ BUEN CORAZÓN TIENE PANCHITO! ¡LE HA FALTADO VALOR PARA ABANDONARTE! ¡ME ALEGRO, PORQUE YO ESTABA TAMBIÉN ARREPENTIDO!

¡SEÑOR POTIPÁN, QUE ESTOY AQUÍ!



¡OYE, PANCHITO, HE DECIDIDO QUE NOS LLEVEMOS LA CABRITA A CASA!



¡BEE!

¿AHORA?... ¡PUES QUE HOY COMEREMOS DE PRIMER PLATO TORTILLA DE LANGOSTINOS DE CABRA!

Y AHORA... ¿QUÉ HA DECIDIDO USTED?

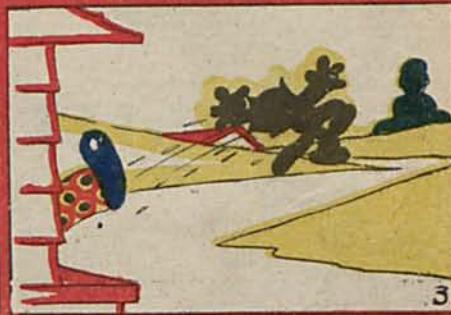


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



LAURA LA COTORRA INDISCRETA





DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DE CAZA



Una vez salieron de caza tres amigos con un solo perro. Tenían una gran fe en las condiciones cazadoras de este perdiguero, pues siempre que le tiraban una piedra salía disparado y la traía en la boca muy contento y moviendo el rabo. Pero he aquí que el día este en que le vemos en el dibujo salió de caza en unión de sus amos y tan acostumbrado estaba a «cazar» piedras, que sólo a esto se dedicó durante todo el día, trasladándolas de un lado a otro del río mientras los conejos bailaban a su alrededor. Excuso decir que los cazadores, llenos de vergüenza, se escondieron entre el paisaje. También hay oculto un conejito. ¿Dónde están los cuatro?

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



En este dibujo hay catorce errores o disparates. Os diré uno como ejemplo, y es, que el camarero lleva un cuello que no le corresponde al traje de frac. ¿Cuáles son los otros trece errores?

EL CALIFA CIGÜEÑA

ACTO 2º

CUADRO 3º

1



ÚLTIMAS DECORACIONES Y PERSONAJES DE LA COMEDIA EL CALIFA CIGÜEÑA.

EL CALIFA CIGÜEÑA

ACTO 1º

CUADRO 1º

1



COLABORACION PINOCHISTA



Pues, señor; don Sinfonoso se fué a pescar un día y...



dió la casualidad de que a Pinocho se le antojó bañarse en aquél mismo río.

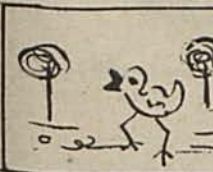


Estaba nadando boca arriba, tranquilamente, bien ajeno a lo que le iba a ocurrir, pues...



sin darse cuenta, se le enganchó la nariz en el sedal, y don Sinfonoso lo sacó del río creyendo que era un pez.

PABLO A. CUADRA. Nicaragua.



Totó era el más travieso de los once hijos que tenía doña gallina.



Siempre estaba tocando el tambor, sin cuidar a sus hermanitos.



Doña gallina llora porque Totó se perdió...



y una tarde lo encontró en el cine tocando el jazz-band.

LUCAS GUTIÉRREZ. Larache.



Una noche en un lago.
PABLO ANTONIO CUADRA. Nicaragua.



Antonio Ruiz. N. M. Madrid.



Antonio Ruiz. J. R. Arce.



Una niña saltando.
ANGELITA CERRIÁN.



Pinocho, Rey Mago.
AMPARITO.



La carroza de Pinocho.
PEPITA BELDA.



La venta de PINOCHO los domingos.
CARMEN CAMIO. Madrid.

A Pinocho.

A ti, Pinochín querido, te debo mi diversión todos, todos los domingos después de mi obligación.

Con Currinche y Turulato suelo pasar muy buen rato. Y paso un gran risotón con Corretón, Tin y Ton.

Con Pelagio Caramillo y don Lucio Miraguano paso una risa grande que creo que estoy soñando.

Y Anita, buen corazón, añadiendo a Colorín, son un par de chiquitines que valen lo menos mil.

A ti, Pinochín querido, te debo mi diversión todos, todos los domingos después de mi obligación.

PEPÍN GARCÍA CERNUDA. Nueve años. Madrid.

Los Reyes Magos.

—Hija mía, si eres buena y te aplicas y obedeces a tu mamá y oyes misa con devoción y nos quieres, mañana, los Reyes Magos vendrán, de seguro, a verte y te traerán muchos dulces y muy preciosos juguetes.

—¿De veras?... ¿Tantos regalos me van a dar?

—Lo hacen siempre con los niños que son buenos.

—¿Y cómo? ¿Sin conocerles?

—¡No ves que piden informes a los papás!

—¿Y si vienen?

—¿Les dirás que yo soy mala?

—No tal, si tú me prometes que en el año que principia cumplirás con tus deberes.

—Sí, mamá, porque si dices que me enfado algunas veces y hago diabluras...

—Entonces,

en vez de ricos presente te pondrán unos carbones para que así te avergüences.

—¿Y van a venir a casa?

—No, hija mía; ¿no comprendes que llevarán mucha prisa y no podrán detenerse?

—Bueno, pues será preciso, ya que tanta prisa tienen, que vayamos a esperarles, aguardar a que se acerquen y ponerles el cestillo...

y dejar que allí nos echen los regalitos.

—Escucha,

Cuando esta noche te acuestes, coloca tus zapatitos

en el balcón.

—¿Y ellos pueden desde la calle?

—¡Qué niña!

¡Ay qué preguntona eres!

—Pues yo quiero una muñeca que tenga un vestido de tela verde y un abrigo con pieles y zapalitos de seda y pulseras y pendientes.

Y una panderita que he visto, ayer en Los Tirolenses,

son madroños encarnados, sonajas y cascabeles.

—No tengas duda, hija mía; ya te he dicho que lo mereces, y hoy vendrán los Reyes Magos con dádivas a ofrecerte.

¡Quiera Dios que del dolor no sientas el dardo aleve que en el corazón se clava dando al corazón la muerte!

Que sólo placidas horas tu vida de encanto llenen y aniden siempre en tu alma esperanzas y placeres.

En la primavera hermosa pasan los días alegres.

Si hoy eres florido mayo, mañana serás diciembre.

Entre tus cabellos rubios verás las primeras nieves...

y entonces, en ese día, acaso del de hoy te acuerdes.

Y si piensas en tu madre, quizá por tu madre reces;

mas no esperes a los Magos, porque no vendrán los Reyes.

ANGELITA CUEVAS. Trece años. Santander.



Una vez se encontraron dos avisas...



sobre la calva de un pobre señor.



Mas como estaban cansadas, una de ellas...



clavó su agujón, saliendo el consiguiente bulto, que les sirvió de asiento.

BENITO RODRÍGUEZ. Marín.



Pinocho y su perrito.
PITI. Madrid.



Una parada.
MANUEL RÓDENAS. Albacete.



El kiosco de los músicos.
BENAVENTE. Ceuta.

El carlino de León.

En una ciudad muy hermosa vivía una familia muy rica; el encanto del matrimonio era un hermoso niño que se llamaba Juanito. Un día lluvioso, Juanito, paseando por las afueras de la ciudad con sus papás, encontró un perro que estaba tiritando de frío en un charco; cuando Juanito iba a cogerlo, le vió su papá lo que iba a hacer, y le dijo que no lo cogiese; pero Juanito, que tenía muy buenos sentimientos, dijo que si no se lo llevaba no se movería de allí; entonces, le dijo que se lo llevase.

Lo primero que hizo el niño al llegar a su casa fue limpiarlo y secarlo; después lo colocó en un cajón lleno de trapo; al cabo de tres días los dos corrían alegremente por el campo. Pero un día, estando con sus papás y el perro, le mordió una víbora; entonces León, que así se llamaba, se lanzó sobre la cabeza de la víbora, matándola; después se lanzó sobre el niño, chupándole la herida; después de dos semanas, Juanito estaba ya bien y acariciaba al León, y decía a sus padres que si no lo hubieran recogido quizá hubiera muerto.

Después vivieron muy felices en compañía de su fiel León.

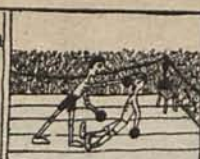
JOSÉ LUIS GASCA. Once años. San Sebastián.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



Pinocho juega un partido, y los contrarios son vencidos.



Si se pone a boxear, es el primero en ganar.

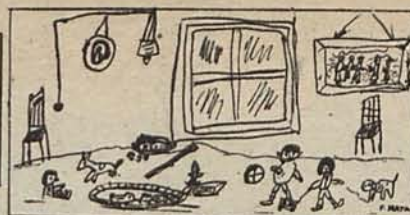


La copa lucha con [ocho, y se la lleva Pinocho.



Y triunfador y dichoso estará siempre Pinocho.

C. ESPINOSA.



El cuarto de los juguetes.

F. MORA.—Madrid.



Ivanhoe, por M. U. Madrid.



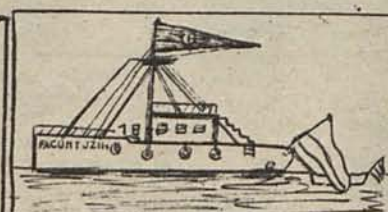
Pinocho y Carpentier, las caras se van a [ver.



Pinocho, con [gran destreza, le da un golpe en [la cabeza.

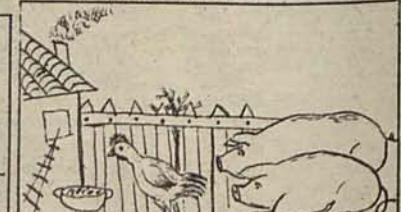


Y tal golpe le ha metido, que Carpentier cae vencido. MANUEL EZEQUIEL BELLO. Montevideo.



La gasolinera del Rey.

RAFAEL CALLEJA G-CAMINO. Ocho años. Santander.



—¿Por qué te pones tan triste cuando ves una gallina?
—Porque me acuerdo de los huevos con jamón. FERNANDITO ESTEVE. Siete años. Madrid.



Mis primitos en un baile de máscaras. A. L.



Salen con mucho garbo el jinete y el caballo.



Ya llega el momento del salto portentoso.



El caballo que salta y el jinete que se mata. HÉCTOR CASTILLO.

La bondad.

En un país muy hermoso había un rey que tenía cuatro hijos. La princesa mayor se llamaba Blanca Flor, y era bella y amable. El príncipe segundo atendía por Gilberto, y era muy cruel. El tercero, que atendía por Gabriel, era muy orgulloso; y, en fin, el cuarto se llamaba Bello, pero sus hermanos le llamaban Miki porque decían era muy tonto. Sucedió un día que Blanca Flor fué al bosque a coger fresas, mas una bruja se apoderó de ella y la retuvo prisionera en su choza. Enterados de la desgracia, Gilberto y Gabriel se dirigieron con un ejército entero a la choza de la bruja, pero sus esfuerzos para quemarla fueron inútiles, pues las flechas y balas resbalaban en las frías paredes de la choza. La bruja entonces transformó en león a Gilberto y en mono a Gabriel. Miki quiso salvar a Blanca Flor, y se dirigió a la choza maldita. Vió a la bruja, que quería matar a un escarabajo, y entonces Miki se abalanzó sobre la bruja y salvó al animal de una muerte segura. La bruja, entonces, dijo a Miki que tenía que pelar y recoger todas las peras que había en un peral en una hora. Miki se apuró; pero en aquel momento aparecieron unos enanitos que hicieron todo lo mandado en menos de una hora. La bruja reventó de rabia; el escarabajo se transformó en una princesa, que se casó con Miki; éste libertó a su hermana, y sus dos hermanos volvieron a su primitiva forma, pues el encanto se deshizo. Volvieron todos al palacio y vivieron todos muy felices.

PEPITA ELICEGUI. Doce años. San Sebastián.

El pequeño marinero.

El viejo Santiago era un alegre pescador que buscaba en la pesca el misero sustento. La «Golondrina», su antigua lancha, respondía perfectamente a su nombre; con su afilada proa cortaba las rugientes olas del Cantábrico; su vela se hinchaba merced al viento y la pequeña chalupa era impulsada en dirección de la pesca o de la montañosa costa donde aguardaban al pescador su esposa y su joven hijo Jaime. Pero un día, el viejo pescador regresó herido en la cabeza. Su mujer, desesperada de que curara, pues no podía comprar la medicina que el doctor recetara al enfermo. Y aquel día, entre la general sorpresa, la «Golondrina» se hizo a la mar guiada por la débil pero experta mano de Jaime. Momentos después la chalupa se encontraba en el sitio en que la pesca era muy abundante. Jaime, tras muchas penalidades, consiguió regresar con una gran cantidad de pescados que, una vez vendidos, dieron la suma deseada. Días después curaba Santiago, gracias a la medicina comprada por su hijo, y desde entonces reinó la alegría en el hogar de Jaime y sus queridos padres.

ANTONIO VILDÓSOLA. Trece años. San Sebastián.

Un rey y sus tres hijos.

Este era un rey que tenía tres hijos. Los llamó y les dijo: «Id en busca de un regalo; el mejor que encontréis en el mundo para traer a un padre, y al cabo de un año traédme lo.»

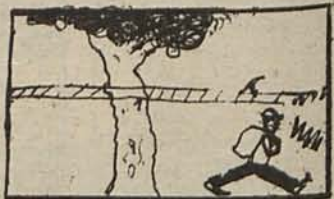
Los tres hijos se fueron; los dos últimos muy contentos, pero el primero no mucho, porque a él era al que le pertenecía la corona después de la muerte de su padre. Al cabo de un año regresaron los tres jóvenes: los dos primeros con muchísimos regalos y el más joven sin ninguno, por lo cual sus otros dos hermanos se alegraron mucho, creyendo poder ganar uno de los dos la corona.

Cuando se presentaron ante su padre, el mayor dijo: «Padre, aquí os traigo los regalos que me pedisteis.» El rey los vió con mucha complacencia; lo mismo hizo con el segundo, y cuando llegó su turno al tercero éste dijo que nada había encontrado mejor para traer a su padre que todo el cariño de su alma. Al rey le gustó mucho el regalo de su hijo menor y le cedió la corona.

OLIMPIA ITURBE. Doce años. Caracas (Venezuela).



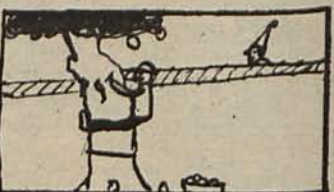
A Periquito le gustaban mucho las manzanas, y como no tenía dinero



para comprarlas, iba a cogerlas a la huerta del tío Cubero.



Pero el tío Cubero era más listo de lo que Periquito se creía,



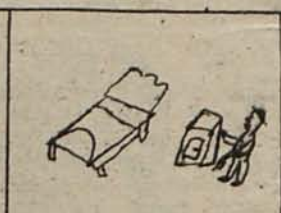
y cortó el árbol por abajo y lo colocó otra vez como estaba.



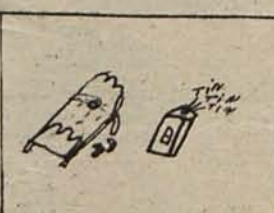
Al día siguiente vino Periquito a coger las manzanas y... dió con las narices en el santo suelo.



A la familia Melón la invitan a una excursión.



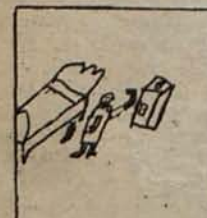
Como no son madrugadores, da cuerda a los despertadores.



En lo mejor de su sueño les despierta un ruido no pequeño.



Piel roja de la tribu de los kiovas. JOSÉ MASSAQUER.



Queriendo parar el [tirirín, le tira con un botín.



Viendo que no logra [nada, lo sujeta con la almoha- [da.



Y, por fin, lo hace pe- [dazos, dándole siete balazos.



Y aunque con la sangre [frita, llega puntual a la cita. ROGELIO M. LONGHINES. Buenos Aires.



Un payaso. M. R. París.



Ved aquí el resultado de una mala acción. DOMINGO OLIVERA. Paterna (Valencia).



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hace una semana, como te dije, estuve cenando en el palacio de Pinocho. Ello me hizo meditar, primeramente, sobre los faisanes, de los cuales me diste una sabrosa explicación; después, sobre los banquetes, agasajo que se me antoja completamente moderno.

—Te equivocas, querido Chonón. El banquete es tan antiguo como el mundo. Los pueblos de Oriente, en épocas remotísimas, celebraban ya sus banquetes, única y exclusivamente para beber. La Biblia nos cita muchos de ellos: unos con ocasión de fiestas religiosas, otros como conmemoración de alianzas, pactos y finales de luchas, otros a propósito de acontecimientos públicos, otros familiares, por asuntos íntimos y privados; otros, por último, con ocasión de matrimonios, etc., etc. Los hebreos honraban al comensal sirviéndole cinco veces más cantidad que a las personas de la familia. En estos banquetes se tocaba el laúd, la flauta, la citara, el tamboril y la lira.

—No lo pasarían malamente. Ahora que si no hacían que más beber...

—Más adelante fué otra cosa. En Egipto y en Persia los banquetes obtuvieron también gran preponderancia. El general asirio Holofernes ordenó celebrar banquetes delante de Betulia, al ponerle sitio. Es famosísimo el banquete que dió Baltasar, rey de Babilonia, a mil cortesanos y a las mujeres de la corte, en cuyo servicio fueron empleados los vasos que Nabucodonosor sustrajo del templo de Jerusalén. El rey persa Jerjes, al tercer año de su reinado, dió un formidable banquete que duró ochenta días.

—¡Qué bruto!

—También dió varios banquetes, en el mismo año, de siete días, al pueblo de Susa, y uno a las mujeres, servido por Vasthi, esposa del rey.

—En Grecia y en Roma también habría sus banquetes, creo yo.

—Los más antiguos banquetes de Grecia fueron con ocasión de la muerte de algún personaje. En estos primeros banquetes invocábase a los dioses, cuyas imágenes se colocaban sobre cojines en el lugar de la fiesta. Los banquetes eran sencillos entre los espartanos, y abundantes, fastuosos y aparatosos entre los beocios y los griegos de Sicilia. Ordinariamente, un esclavo iba a llevar la invitación, y cada invitado, por su parte, podía invitar a otro individuo. El abuso de esta última costumbre ocasionó la terrible plaga de los parásitos. A los que se presentaban, desconocidos para el comensal o patrón, invitado por un tercero, los griegos los denominaban con el expresivo nombre de *sombras*.

—Se trata de nuestros actuales *gorrones*, por lo que veo.

—Justamente, Chonón.

—¿Y los romanos?

—En un principio los romanos fueron sencillos, morigerados en sus banquetes, pero pronto copiaron el fausto de los griegos, llegando en épocas de la República a la mulicie asiática.

—Ya gastarían dinero en esos banquetes.

—Imagínate. Son célebres los de Lúculo en la sala de Apolo, cuyos gastos ascendieron a 39.500 pesetas.

—¡Atiza! ¿Y qué comían esas gentes?

—Huevos, ostras, pescados con salsas picantes, lengua de ruiseñor, sesos de pavos...

—Pues no comprendo que costasen tanto esos banquetes.

—Lo comprenderás, querido Chonón, si imaginas tan sólo los ruiseñores que tendrían que matar para dar un plato de lengua a cada comensal, y si imaginas, asimismo, los pavos que sacrificarían para aprovechar los sesos solamente.

—Es verdad.

—En la Edad Media los banquetes fueron también bastante fastuosos, sobre todo en los castillos de los señores feudales. El llamamiento al festín se hacía por cornetas. Los comedores —el salón-comedor— eran adornados lujosamente con tapices de gran mérito. A lo largo de la pared, en estas salas inmensas, que hacían de comedor, había banquetas (de aquí el nombre de *banquete*) ricamente adornadas.

—Estaría muy bonito un comedor medioeval.

—Ya lo creo.

—¿Y más adelante?

—En el siglo XVI continuó el lujo antes mencionado. Sobre todo en Inglaterra, donde gustaban de manjares rarísimos: sopas de pierna de chocha, lenguas de pavo...

—Como los romanos, querido buho.

—Algo muy parecido. Un banquete dado en Marsella, en 1589, a 24 personas, contenía lo siguiente: 150 kilogramos de carne, 60 kilogramos de jamón y salchicha, 10 docenas de pies de carnero y de cerdo, 10 docenas de orejas, 438 piezas de caza y volatería, 250 aves menores, 20 kilogramos de queso, 780 kilogramos de pan, 50 kilogramos de frutas, 740 litros de vino de mesa, 260 de vino moscatel y 130 libras de fritada.

—¿Para 24 personas?

—Para 24 personas.

—Morirían casi todas.

—No hubo víctimas, créeme. Que sirvieran todo eso no quiere decir que se lo comieran todo. Algo dejarían para la servidumbre.

—Hoy no se dan esos banquetes.

—Estamos un poquito más civilizados.

—Pero se dan muchos banquetes.

—Lo que han perdido en profundidad, en fausto, en abundancia, lo han ganado en superficie. Hoy, por cualquier cosa, se banquetea a una persona.

—Ya lo había notado.

—Los principales banquetes de ahora son, entre otros menos sonados y particulares, los *diplomáticos*, los *de clase*, los *políticos*...

Y los de Pinocho.

—Es verdad, los de Pinocho.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

FALLO DEL JURADO

Pasado el tiempo reglamentario, se constituyó un tribunal especial, competentísimo, para juzgar las soluciones de los concursos del mes de mayo. Día tras día, en una labor abrumadora, Pinocho, Pirula y Morronguis, que formaban el tribunal, trabajaron sin descanso buscando en las innúmeras soluciones recibidas las cinco soluciones más acabadas y perfectas. El éxito, siempre seguro cuando se trata de Pinocho, coronó la penosísima labor, y he aquí los nombres de los cinco Pinochistas afortunados en esta nueva serie:

Primer premio.—Un lote de libros por valor de 25 pesetas al Pinochista Antonio Aparicio, Huete (Cuenca).

Segundo premio.—Un lote de libros por valor de 20 pesetas al Pinochista Simón Serrano Bonilla, Posadas (Córdoba).

Tercer premio.—Un lote de libros por valor de 15 pesetas a la Pinochista Josefina Rodríguez, Bimeda (Oviedo).

Cuarto premio.—Un lote de libros por valor de 10 pesetas al Pinochista Rafael Cerda, Santa Pola (Alicante).

Quinto premio.—Un lote de libros por valor de 5 pesetas al Pinochista Federico Roviralta Navarro, Madrid.

MENCIONES HONORÍFICAS

Como menciones honoríficas, sin derecho a premio alguno, publicamos los nombres de los Pinochistas que han sobresalido, por la perfección de sus trabajos, en el presente concurso. Es deseo de Pinocho que no queden anónimos concursantes de tan excepcionales

facultades, cuyos trabajos merecen en todo momento el elogio, el aplauso y la publicidad.

Antonio Lobedano (Madrid), Luis Caro (Madrid), Mariano Pérez Niebla (Coruña), Antonio Gómez Portal (Barcelona), Federico Gutiérrez Santelices (Salamanca), Julita Antón Savadie (Madrid), Pedro Castillo Domínguez (Tarragona), María Luisa Peralta (Cuenca), Federico Laza (Sevilla), Andrés Otero Salamanca (Bilbao), Juanita Luch (San Sebastián), Juan Manuel Sarabia (Palencia), Pedro Hinojosa (Málaga), Rosa Santugini (Granada), Antonio López Quesada (Burgos), Carmen Berenguer Rodríguez (Melilla), Modesto Palacio (Albacete), Gumersindo García Falces (Barcelona), José Navas García (Valencia), Rafael Jiménez Urrutia (Madrid), Francisco Ortega y Ayala (Badajoz), Juanito Ruiz del Portal (Biarritz), Juanito Peralta (Carabanchel Bajo), Dionisio Retortillo (Getafe), Ruperto Meneses (La Carolina), Alberto Hinestrosa (Douville), Santiago Luque (Manresa), Wégnér Pogonoski (San Sebastián), Antonio Quijano (Colombia), Dolores Pereira (Valencia), Mariquita Sagasta (Gerona), Perico Grau (Badalona), Augusto Picazo (Buenos Aires), Enrique Ramos (Zaragoza), Pedro Tur (Barcelona), Antonio Moreno García (Bilbao), Julia Romero Porras (Málaga), Alfredo Gil Cuesta (Guadalajara), Andrés Bosch (Melilla), Luisa Balcuende (Buenos Aires), Elisa Giménez Sech (Madrid).

Para que enviemos los premios a los Pinochistas agraciados, bastará con que nos remitan éstos, junto con su fotografía, que publicaremos, una peseta en sello para los gastos de envío.



Rejoncador.
R. GASCÓN.—Salamanca.



Mi villa.
FERNANDO LASHERAS.



Mi cabrita.
NIEVES LÓPEZ.



Sevilla.
PABLO MONTES.—Sevilla.



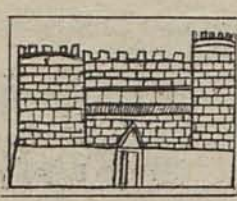
Mis queridos amigos.
MERCEDES PESES.



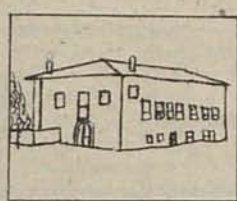
La casa de mi tío.
JOSÉ ARCE.—Madrid.



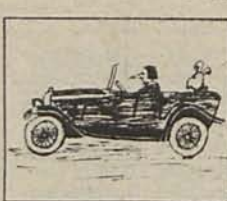
Pinocho, andarín.
EDUARDO PIÑAR.



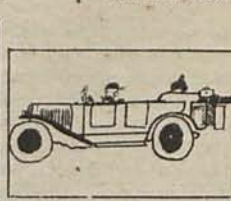
El castillo de Pinocho.
P. B.—Madrid.



Casa de campo.
LUIS NORIEGA.



Pinocho en su «auto».
CARMEN RODRÍGUEZ.
Guadalajara.



Don Turulato y Currinche
en su «auto».
DEOMICIO FERNÁNDEZ.



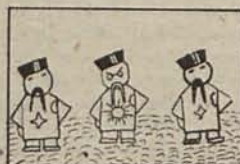
Dos amigos míos.
MANUEL GÓMEZ.
Plasencia (Cáceres).



Niño campesino.
AURORA CARRASCO.
Nueve años.



Pinocho disparando.
MARÍA DOLORES TRÍAS.



La familia imperial *Sin-sol-
chon*.



Naufragio en alta mar.
VICENTE VERA LÓPEZ.
Madrid.



Casita de campo.
CARMEN CUYÁS.
Diez años. Barcelona.



Chapete.
PEPITA ELICEGUI.
San Sebastián.

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



José M.ª Arana y Mora-
talla.



Manuel Nieto.



Rosarito Viñuela.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

Pinocho en la isla desierta.
Pinocho, detective.
El falso Pinocho.
El triunfo de Pinocho.
Chapete, invisible.
Pinocho hace justicia.

CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en Editorial «Saturnino Calleja», S. A.—Apartado 447-Madrid, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

SE HAN PUESTO A LA VENTA

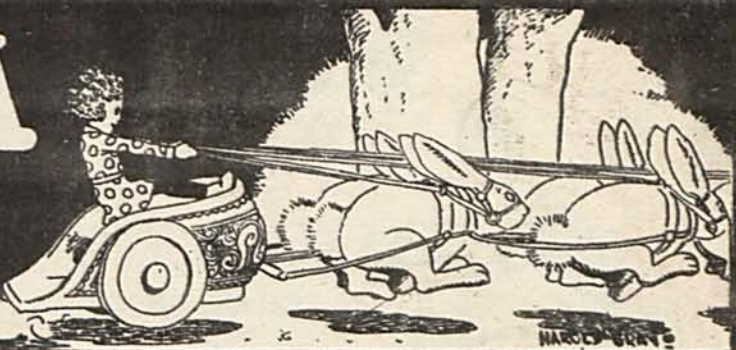
los siguientes tomos de la famosísima **Serie Pinocho contra Chapete**.

(El mayor éxito editorial conocido.)

- Núm. 31.—*Chapete en guerra con el país de la fantasía.*
» 32.—*Pinocho se convierte en bruja.*
» 33.—*Pinocho caza un león.*
» 34.—*Viaje de Pinocho al centro de la Tierra.*
» 35.—*Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.*
» 36.—*Chapete en la isla de los animales.*
» 37.—*Pinocho se hace pelicano.*

ANITA

BUEN-CORAZON



MARCO VENTURA



¡MIRA TONÍN!
¡NOS VAMOS A
DAR UN PASEITO
PELUCHO Y YO!
¡VOLVEMOS AN-
TES DE UN CUAR-
TO DE HORA! ¿SA-
BES?



¡ADIOS TONÍN!
¡VOLVEREMOS
EN SEGUIDA! ¿NO
LLORES, EH?



¡YO ME HUBIERA TRAI-
DO A
TONÍN!... ¡PERO MIENTRAS NO
VENGA LA MODA DE PASEAR
CON ELEFANTES NO ME
ATREVO!



¿TE PARECE
QUE ENTRE-
MOS AQUÍ A
TOMAR UN
REFRESCO?



¡SIÉNTATE EN LA SI-
LLA COMO TE TENGO EN-
SEÑADO Y A VER SI
TE PORTAS COMO UN
CABALLERO!



UN HELADO DE FRESA CON
PAJA Y UNA RACION DOBLE
DE LO MISMO, PERO EN UN
PLATO.



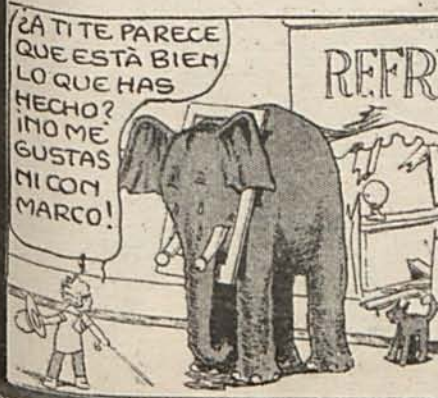
¡OYE PELUCHO! HA-
CE LO MENOS UNA HO-
RA QUE FALTAMOS DE
CASA, ASÍ QUE TEN-
DREMOS QUE IRNOS
PORQUE TONÍN ES-
TARÁ INTRANQUI-
LO



¡FÍJATE COMO NOS
MIRA TODO EL MUN-
DO! ¡CLARO, NO ES-
TÁN ACOSTUMBRA-
DOS A VER UN PE-
RRITO TAN BIEN
EDUCADO COMO
TÚ!



¡ATIZA!
¡HA VENI-
DO TO-
NÍN!



¿A TI TE PARECE
QUE ESTÁ BIEN
LO QUE HAS
HECHO?
¡NO ME
GUSTAS
NI CON MARCO!



¡SÍGUEME Y NOME
DIRIJAS LA PALA-
BRA! ¡HAY QUE
VER LA VERGÜEN-
ZA QUE ME HAS
HECHO PASAR!
¡QUÉ HABRÁN DI-
CHO AQUELLOS
SEÑORES!



BUENO, COMO SÈ
QUE LO HAS HECHO
PORQUE ESTABAS
INTRANQUILO, TE
PERDONO... ADE-
MÁS NI PELUCHO
NI YO VOLVERE-
MOS A ENGAÑAR-
TE. ¡ERES MUY
BUENO, TONÍN!

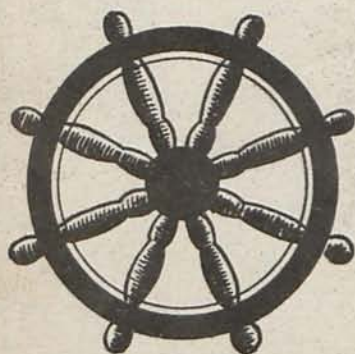


Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA

Emblemas deportivos — ¡Pues

claro que lo somos todas un poquitito! Sí, todas, niñas y muñecas de hoy, somos algo deportivas. A veces me pregunto qué es lo que más «priva», si los deportes o el «cine». Bueno, yo prefiero aquéllos, porque si



en el «cine» no viésemos más que aventuras cómicas de Charlot o de Pamplinas, o novelas infantiles de Chiquilín, o cintas de viajes y de exploraciones al Polo, al centro

de Africa, a la India, esas cintas tan interesantes como una lección de Geografía, y bastante más divertidas, entonces el «cine» sería un encanto para los niños; pero las novelas tris-tonas y sentimentales, para personas mayores, que nosotros no entendemos bien, y las historias de ladrones que nos asustan, no tienen para nosotros ni pizca de gracia; se les ve a la legua que no han sido hechas pensando en nosotros, niños y muñecas, y eso es algo humillante para nuestro amor propio; ¿no os parece?

Sí, yo prefiero los deportes; dan fuerza y salud y no hacen pensar en tonterías. ¿No opináis



igual? Sé de vuestros talentos; a que no le quita los laureles a Mlle. Denglen en el manejo de la raqueta; es un «as» de la natación, y la que no se apasiona por los partidos de boxeo, se en-

tusiasma con los de fútbol. ¿Quién no tiene algún tío jugador de «golf», o alguna hermana mayor princesa del volante, o algún hermanito «triciclista» estupendo?

Y de los acontecimientos deportivos, no digamos; ¡hay que ver lo enteradas que estais todas!; ninguna ignora que, en el mundo de los deportes, Paulino o Zamora son personajes casi, casi tan importantes y populares como el célebre y narigudo deportista Pinocho.

Por eso tengo la seguridad de que ha de agradaos la idea de bordar en los trajes emblemas deportivos;



por eso y porque ya los bordados de iniciales, fichas de «mah-jong» y anagramas chinos están excesivamente vulgarizados.

Nada más gracioso que unas raquetas bordadas sobre vuestro «pull-over» de franela blanca o unos bastones de «golf» decorando el trajecito de vuestro hermano pequeño. Nada más oportuno que una lancha, una estrella o un timón sobre un traje de marinero o de marinera.

Para resultar de verdadero buen gusto, estos emblemas deben bordarse en color rojo, azul marino o marrón, con algodón de bordar o con lana; nunca con seda ni con algodón

perlé. Van bien sobre las telas de lana (muselina, franela o punto) y también sobre la seda cruda en color natural.

